

nombres para conducir las presas de 204 insurgentes que aprisionó el capitán Bustamante con los caudales del Sr. Obispo y algunas bestias, y que con seguridad se conduzcan también los generales prisioneros Hidalgo, Allende, Abasolo, Aldama, Zapata, Ximenez, Lanzagorta, Aranda, Portugal, etc., etc., que se han aprisionado en Acatita de Baján con todos los atajos en que conducian el oro, reales y plata, y muchos prisioneros que se les han hecho con toda su artillería, y son más de 200 hombres de coroneles á baxo, á mas de los que tomó el capitán Bustamante.

“En tal concepto, he facilitado los 500 hombres de auxilio que se me piden al cargo del teniente D. Facundo Melgares, y con el resto de mi ejército emprendo mi marcha hoy para la hacienda de Patos con direccion á la reconquista del Saltillo, lo que participo á V. S. para su inteligencia y satisfaccion.—Dios guarde á V. S. muchos años. Campo de la Noria con direccion al Saltillo, 28 de Marzo de 1811.—Sr. Comandante general del ejército.—Josef Manuel de Ochoa.—Sr. brigadier D. Felix María Calleja.”

“Y en el momento despacho dos extraordinarios á esa capital, el uno por la Huasteca y el otro por Querétaro para que se imponga V. E. de tan plausible noticia.

“Dios guarde á V. E. muchos años. San Luis Potosí, Abril 5 de 1811.—Exmo. Sr.—Felix Calleja.—Exmo. Sr. Virey D. Francisco Xavier Venegas.”

“Tan manifestos beneficios de la Providencia nos hacen esperar que en sus eternos juicios, está decretado el triunfo de las dos Españas contra sus injustos enemigos.” (*)

Los jefes de la Junta, al concluirse la lectura de este papel, tenían pintados en el semblante el dolor y la estupefacción y esperaban con ansiedad las palabras de su jefe.

(*) Puede verse esta Gaceta extraordinaria que está copiada literalmente, en la colección de Gacetas.—Imprenta de Arispe.—Tomo II, sin número, pág. 301.

—“Aunque estas gacetas, dijo Morelos, suelen publicar mentiras, cuando conviene al Gobierno español, yo creo que esta noticia es cierta. Ella nos anuncia la mayor desgracia que podía herirnos, y es: la prisión de nuestro amado Generalísimo el señor Hidalgo, y de sus compañeros de Dolores. El Gobierno español debe estar muy contento; tiene en su poder á los primeros caudillos de la Independencia mexicana, y los decapitará; en eso no hay duda. Ya sabemos que nuestro enemigo no da cuartel, ni nosotros se lo pedimos, ni se lo debemos dar tampoco.

“¿Cómo ha ocurrido esta desgracia? Pues otra gaceta, la del día 15 de Abril, que también está aquí, trae una carta de un vecino de Monclova dirigida al Obispo de Durango y que contiene algunos permenores, de los que se infiere que el señor Hidalgo y sus compañeros han sido víctimas de una infame traición.

“Hé aquí este documento, que es preciso conocer también:

“Gaceta del Gobierno de México—del martes 16 de Abril de 1811.—México, 15 de Abril. El justicia y el cura párroco de Guayacotla han remitido al Exmo. Sr. Virey dos cartas que condujo hasta aquel pueblo un personero que vino buscando con ellas al Illmo. Sr. Obispo del Nuevo Reino de Leon, Dr. D. Primo Feliciano Marin, á quien se dirigian desde Reynosa y Monclova por D. Juan Josef Cárdenas y D. Benigno Vela, dándole noticia del arresto de los cabecillas de la insurreccion: y conteniéndose en la del segundo de dichos individuos algunas particularidades del suceso nos ha parecido insertarla á la letra para satisfacer la curiosidad laudable del público.—Dice así:

“Illmo. Sr. Dr. Don Primo Feliciano Marin.—Monclova y Marzo 25 de 1811.—Mi más venerado amo y señor: estaba deseoso de poder noticiar á V. S. I. la gloriosa reconquista de estas provincias, lo que no podia verificar por no saber de su paradero; y ahora lo hago con el portador por haberme prometido el llevar esta hasta donde se halle.

“Desde la llegada á esta de los señores go-

bernadores y demas oficiales prisioneros de Béjar, empezó D. Ignacio Elizondo á juntar tropa y amigos, con mucho silencio, que le ayudasen para sacudir tan pesado yugo como nos habian puesto los exércitos americanos; lo que se verificó auxiliado de los soldados de estos presidios que estaban en esta capital y vecinos de ella, teniendo ya prontos los auxilios de las demas tropas que estaban de guarnicion en los otros, á el capitan Menchaca con 300 indios Lipanes y al capitan Colorado con 300 soldados acuartelados, á quienes lo avisó mi padrino Elizondo al ponerse en camino y darle el auxilio necesario con la mayor brevedad: y en este intermedio levantó la voz el padre Zambrano con el vecindario y tropas de Béjar; haciendo prisioneros al Lic. Aldama y padre Salazar y á los que habian apresado á los gobernadores, cuyo hecho acabó de animar á la gente; y el día 17 de este que era para cuando habia mi padrino dispuesto su asalto llegó á esta á la oración de la noche y se estuvo oculto hasta las once de la misma noche, que con cosa de 200 hombres se hizo dueño de la artillería que eran 7 cañones, amarró al mariscal D. Pedro Aranda y demas oficiales y soldados que por todos serian 150 poco mas ó menos, incluso el capellan que lo era el padre Medina que estaba de cura en Santillana cuando la visita: todo esto se hizo en cosa de tres horas, y sin haber habido ni un tiro ni un golpe. Tambien estaban las cosas en buena disposicion por venir ya en camino la mayor parte del exército que estaba en el Saltillo, por lo que inmediatamente se cercó el camino con tropa para que no les fuera el aviso, lo que se consiguió, y así como venian inocentes se les puso un lazo de aquel lado del pueblo de Béjar, que dista de esta, cosa de 14 leguas, que con 270 hombres y 30 individuos se agarró todo el exército sin más que un herido en los nuestros, y en los suyos cosa de 40 muertos y entre ellos el hijo de Allende por haberle disparado su padre á mi padrino tres pelletazos desde el coche; todo el exército se componia de cosa de 1,500, los más, pelados, y otros pocos que venian de tropas que

se dieron luego á estas armas, pero los prisioneros son los 1500 de los cuales son como 60 de plana mayor, y de los cabezas el cura Hidalgo que hacia cosa de quince dias que habia renunciado el cargo de generalísimo en Allende.

"Allende, Ximenez, Abasolo, Zapata, Lanzagorta, Santa María el que era gobernador de Monterey que andaba de quartel maestro, y otra punta de mariscales, brigadieres, coroneles y demas y 6 clérigos y 3 frailes, que son un carmelita, un mercedario y un franciscano y tambien 13 coches y una volante. Solo Iriarte se fué, pero lo van siguiendo y no se escapará, pues en Parras está un tal Melgares de Viscaya que para esta ya le habrá dado al Saltillo con 50 hombres y sino de aquí se le va á dar para sacar al Sr. Cordero, y tambien se les quitaron veinticuatro cañones y setecientas y tantas barras de plata y mucho dinero en plata y oro, que segun razon será cosa de dos millones por todo ó algo mas, segun se cuenta de ellos, y esta feliz batalla fué el día 21 del que rige." (*)

—"¡Feliz batalla!" llama este gran pícaro á semejante traición tan vil y tan odiosa!

"Así, pues, ya ven ustedes que nuestros caudillos han caído en un lazo que les tendió el traidor Elizondo, ayudado del clérigo Zambrano y probablemente del mismo vecindario de Monclova. Esto no ha sido más que una horrenda traición.

"Ya comienza el Gobierno español á poner en juego este medio, que es el más temible, aunque el más despreciable.

"De todos modos, es una desgracia muy grande para nosotros, pero debemos recibirla con frente serena, como hemos recibido la noticia de los reveses de Aculco y de Calderón. Tal es la guerra, amigos; una cadena en que alternativamente ponen sus eslabones la Fortuna y la Desgracia. Nadie puede prever sus azares y lo prudente es arrostrarlos con la resolución de ser sus víctimas. La Patria exige este sacrificio de

(*) Gaceta de México del martes 16 de Abril de 1811.—Tomo II, núm. 45, pág. 319.

nosotros; la causa es santa, la empresa grandiosa y digna de las almas heroicas; todavía tenemos que sucumbir muchos para que triunfe, pero morir por ella es una gloria que nos envidiarán las generaciones venideras.

“La muerte del señor Hidalgo y de sus compañeros, lejos de apagar el fuego patrio, debe encenderlo más. Yo me siento hoy más animado que nunca, y mi amor á la libertad se exalta con el deseo de vengar á nuestro venerado caudillo, y de probar al Gobierno español, que las traiciones, los reveses y los cadalsos, lejos de intimidarnos, nos dan mayores bríos.

“Ahora, pues, se hace indispensable avanzar hacia el centro y hacerlo pronto; mañana mismo si nos es posible.

“Es necesario reanimar con nuestra aparición en las comarcas más próximas á México, el espíritu de los que simpatizan con nuestra causa, y que debe encontrarse abatido con este infortunio.

“Es necesario probar á la nación que la muerte de un caudillo no acaba con los principios que proclamó, ni con el pueblo que los defiende. Es preciso hacerle ver que aunque la estrella de la insurrección pállezca en el Norte, todavía sigue brillando en el Sur. Es indispensable interrumpir la alegría que hoy enloquece á nuestros enemigos, con nuestro grito de guerra lanzado en medio de ellos para que sepan que si muere un insurgente, hay mil para vengarle.

“Mi intención es, concluyó Morelos, con autoridad, que nos dirijamos mañana mismo al centro de la intendencia de México. Deseo oír la opinión de ustedes.”

—Estamos listos todos! dijo, levantándose con entusiasmo, Don Hermenegildo Galeana.

—Sí, todos, exclamaron á una voz los demás jefes, poniéndose en pie.

—Bueno, replicó Morelos, no esperaba menos de la decisión de ustedes. Pero antes será conveniente concertar la manera, y conocer poco más ó menos el itinerario que debemos seguir. Importa mucho para nuestro plan, que nuestra marcha sea rápida,

segura y victoriosa desde que salgamos del Veladero, como ha sido hasta aquí, y que una serie de triunfos nos conduzca á las orillas de México. Es indudable que el Virrey va á mandarnos á Calleja, que es su gran General y que ha sido su desempeño en el interior. Tengo deseos de que nos encontremos con Calleja. Pero para lograrlo, necesitamos quitar los obstáculos del camino, sin abandonar, por eso lo conquistado, porque sería una lástima. Tenemos un pequeño ejército aquí, valiente y aguerrido. Si lo dejamos sitiando á Acapulco, las fuerzas con que emprendamos nuestra marcha serán pocas. Si lo llevamos todo, perdemos la costa grande; dejamos libre al enemigo de Acapulco, comprometemos á nuestros amigos, y nos cortamos toda retirada. ¿Qué debemos hacer, pues? Eso es lo que ruego á ustedes que me indiquen para ilustrarme con su parecer.

Don Hermenegildo Galeana se levantó de nuevo.

—Señor, dijo, en mi opinión todo puede lograrse. No hay necesidad de perder ninguna de las ventajas que hemos logrado hasta aquí. Tenemos gente para todo. El grueso de nuestras tropas pueden quedarse en nuestros campamentos sitiando á Acapulco y apoyando á la costa, en comunicación siempre con Zacatula y ofreciéndonos una retirada segura que no necesitamos, pero que es prudente conservar. Una parte pequeña de estas tropas basta para emprender la nueva campaña; mi Regimiento de Guadalupe, por ejemplo; él es suficiente para el apoyo que necesitamos, y los pueblos vendrán á formar otro ejército, como el que se formó en la costa. Eso para dirijirnos “arriba” al encuentro de Calleja y de su ejército orgulloso, que lo que es para Guevara y los demás que nos estorben, creo que nos bastamos. Además, los señores Bravos nos ayudarán.

—Señor, dijo Don Leonardo Bravo, poniéndose en pie. Aprovecho esta primera y solemne ocasión para dar gracias á nuestro respetable General en nombre mío y de mis hermanos Miguel y Víctor, por la honra que nos ha hecho, nombrándonos Co-

roneles y dándonos así un rango que nuestros valientes compañeros han alcanzado á fuerza de valor y de heroicas hazañas. Nosotros ofrecemos hacernos dignos de tal distinción á fuerza de sacrificios, aun el de la vida, en aras de la Patria. Ahora, en cuanto al auxilio de que habla el señor Coronel Galeana, puede contar con él nuestro General. Lo tiene á su disposición y aun le hemos ofrecido hace meses, venir con él á este campamento, si era necesario. No lo ha creído así, en vista de buenas razones, y nos ha ordenado mantenerlo y aumentarlo para tenerlo pronto, en la primera ocasión. En esa virtud, hemos conservado relaciones constantes con nuestra gente de Chichihualco, de Chilpancingo, de Amojileca, de Mazatlán, de las cuadrillas de la sierra y de Tlacotepec, y á lo sumo, en tres días, podemos presentar mil hombres, armados en su mayor parte, bien montados y equipados. Esto es lo que podemos ofrecer y esto es lo que deseaban de nosotros los gachupines y el Subdelegado de Tixtla, Guevara, sabiendo las buenas relaciones que tenemos en esos puntos. Pero eso es lo que no hemos querido darles, desde que apareció el señor Morelos en esta costa, y se preparaban para resistirle. Amantes de la Independencia, desde que se dió el grito en Dolores, estábamos decididos mis hermanos y yo, ó bien á secundarlo en el Sur, ó á unírnos al primer caudillo insurgente que por aquí apareciera, y por tal razón, conocidas nuestras opiniones, se nos ha perseguido con encarnizamiento desde que conocieron los "chaquetas" que éramos amigos de los insurgentes. Nos hemos refugiado unos días en la cueva de Michapa para escapar de pronto, pero hemos podido recorrer los pueblos que he mencionado, valiéndonos de disfraces y confiando en los amigos, nos hemos procurado armas y elementos, y así, hemos logrado contar con gente que no espera más que una orden para levantarse.

—Me alegro, dijo Morelos, de conocer la opinión del Coronel Galeana, que ya esperaba, y que es también la mía, pero que deseaba oír de sus labios, porque estoy se-

guro de que es la opinión de todos nuestros compañeros. Esta resolución debía partir de ellos y no de mí. Ahora estoy contento. En efecto, importa antes que todo, conservar nuestros puestos aquí, y nos bastan pocas fuerzas para que formen el núcleo de un nuevo ejército.

—En cuanto á las tropas de que habla el señor Coronel Bravo, me consta, en efecto, que están listas, que habían querido tanto él como sus hermanos, auxiliarme hace tiempo con ellas, y que por orden expresa mía, las han mantenido precisamente para esta ocasión. Siendo originarias de aquellas tierras templadas, nos son más útiles por allá. Ahora, en cuanto á la marcha, déme ustedes su opinión sobre el camino que será más prudente escoger.

—Opino, respondió Don Miguel Bravo, por que escojamos el camino de la sierra; el mismo que hemos traído nosotros, yendo de aquí á la Brea y de la Brea siguiendo el sendero de la montaña. Es áspero, difícil, especialmente para el paso de los cañones, pero es más directo, y sobre todo, más oculto. Seguir el camino real por Dos-Arroyos, el Peregrino y el Papagayo, hasta salir por Mazatlán sobre Chilpancingo, no ofrece peligro de enemigo alguno; pero este camino está lleno de haciendas, entre las que están las de los Guevaras y de los Leyvas, que son contrarios, y naturalmente sus dependientes enviarían á Tixtla noticias pormenorizadas de nuestra aproximación, y eso haría que se prepararan ó que huyeran, impidiendo así que nos apoderáramos de sus armas. Yendo por el camino de la sierra, no nos sentirá nadie y cuando acuerden, estaremos sobre ellos.

—Aceptado, dijo Morelos. Escogemos el camino de la sierra. Además, no llevaremos más que dos cañones de á cuatro y el "Niño," que pueden cargarse en mulas. Véamos ahora qué fuerza es la que debe marchar....

—Señores, dijo levantándose prontamente Don Julián de Avila; tal vez sea contrario á las leyes militares el pedir servicio; pero debe disimularse al entusiasmo. Yo pido marchar con mi división ó solo.

—Nosotros pedimos lo mismo, exclamaron los Galeanas, Ayala y Valdovinos....

—Señor Coronel Avila, señores, dijo, sonriendo, Morelos; en eso es preciso dejarme entera libertad; todo se dispondrá teniendo en cuenta el bien de la Nación. En donde quiera son interesantes los servicios de los patriotas. En donde quiera hay peligro y hay gloria. Usted, señor Don Julián, debe quedarse representándome en el Veladero y conservando estos puntos. Tal vez sea lo de más riesgo....

—Como usted lo disponga, respondió Avila, con respeto.

Morelos había llamado á un oficial, momentos antes, y le había dado en voz baja algunas órdenes.

—Necesitamos saber con qué auxilios podemos contar en aquellos pueblos, además de los de Chilpancingo.

En este momento, el oficial de órdenes atravesó la línea de guardia, seguido de un grupo de oficiales, y se acercó á la junta.

—¡Los señores Capitanes que han sido llamados!, dijo.

Morelos hizo seña de acercarse al primero, que venía dando el brazo al joven Don Nicolás Bravo.

Este Capitán era joven también y de aspecto gallardo, trigueño, alto, esbelto, no parecía, por su traje y por su manera de hablar, costeno; más bien revelaba desde luego su origen indígena ó mestizo, lo que se conocía por su nariz pronunciadamente aguileña, por sus pómulos salientes y por sus cabellos lisos, negros y grandes, formando un crecido tupé sobre la frente. Parecía como de veintisiete á ventiocho años; llevaba chaqueta de paño verde oscuro, pantalón de paño oscuro con agujetas de plata y botas de montar con ataderos finamente bordados. Una patilla negra y pequeña flanqueaba su boca ligeramente abultada.

Era el Capitán Don Vicente Guerrero.

—Capitán Guerrero, le dijo Morelos; usted que es de Tixtla y que conoce bien aquellos pueblos se servirá decirnos, ¿podemos contar allí con algunos partidarios?

—Señor, respondió Guerrero; me da vergüenza decirlo, pero en mi tierra todos son

contrarios. Los únicos insurgentes que había allí, somos los que estamos en este campamento. Los Tenientes Mariano y Manuel Bello, y yo. No conozco otros. El pueblo de Tixtla no tiene la culpa, señor, sino los pocos ricos "chaquetas" que hay allí, y sobre todo, el Cura Don Miguel Mayol, que predica contra nosotros todos los días.

—Ya sé, repuso Morelos, riendo, ya sé que ese furioso Cura, me pinta como al demonio. Se ha empeñado en confundirme con las visiones que le produce el "catalán."

No pudieron menos que reírse los oficiales. Sabían bien que el Cura Mayol, exaltado realista, era un ebrio consuetudinario.

—Y no es el único, añadió Morelos, también Rodríguez Bello me pinta de igual modo en Chilapa. Ya los desengañaremos.

Los otros Capitanes se acercaron en seguida.

El primero era otro joven alto, de formas hercúleas, pálido, de cabellos oscuros y ensortijados, picado de viruelas, y de ojos y frente en que se revelaba una gran sagacidad unida á una gran firmeza de carácter.

—¿Cómo va la herida, Gallego? (*) le preguntó Morelos.

—Está buena ya, señor, y me hallo listo para darme de alta, contestó el joven, con acento marcadamente costeno.

—Bueno: lo destino á usted á mandar uno de los puntos más peligrosos frente á Acapulco, y le proporciono la ocasión de vengar sus heridas; usted me dará cuenta del Gobernador Carreño.

—No tenga usted cuidado, señor, respondió el joven pálido; yo le daré á usted cuenta de él. Y se retiró á algunos pasos.

—Este muchacho, dijo Morelos, señalándolo á los jefes, es una de las esperanzas de la Nación. Es valiente, sagaz, y sobre todo, sufrido y constante. Es hijo de un gallego,

(*) Así llamaban familiarmente á Don Juan Alvarez en su juventud. Todavía uno de los despachos de Coronel que tenía firmados por Morelos trae el nombre de "Juan Gallego."

y sin embargo, es insurgente hasta las uñas. Recibió un balazo que le pasó las dos piernas mandando su Compañía, junto á los fosos del castillo; en nuestro infructuoso ataque, y un soldado lo salvó, echándosele á las espaldas. Pero él, cuando me lo trajeron, no parecía sentir su herida; estaba indignado contra Pepe Gago y contra Carreño. Hará mucho en esta comarca.

Los otros Capitanes eran dos morenitos, pequeños de cuerpo, pero robustos y musculosos como tigres, vivaces y presentando el tipo de esa raza que puebla en su mayor parte, la costa grande, mezcla de la africana y de la indígena de Filipinas, de que llevaron ahí colonos los españoles. Y otro mestizo de rostro atezado y de aspecto selvático y hurano, pero de talla también hercúlea.

—Capitanes Montes de Oca, Mongoy, y Mayo, ustedes se encargaran mientras que dure una expedición que voy á hacer, de los puntos peligrosos del Caravalí, de las Cruces y del Marqués, en la forma y con la fuerza que les determinará el señor Coronel Don Julián de Avila, á cuyas órdenes quedan ustedes, y á quien obedecerán en mi ausencia, como á mí mismo.

—En cuanto á usted, Capitán Bravo, dijo por último, dirigiéndose al joven Don Nicolás, se queda, por hoy, como ayudante mío.

—Ahora, para que todo quede arreglado de una vez, designaremos la fuerza que ha de emprender la marcha con nosotros. Alíste usted, Coronel Galeana, su Regimiento de Guadalupe, para mañana al medio día; que las Compañías que hay en la Sabana estén dispuestas para incorporarse á las que saldrán de aquí á fin de continuar la marcha por los "Organos," hasta Texca, y que se preparen los tres cañones de que he hablado, con su parque respectivo.

"Y ha concluido la Junta, señores, añadió, haciendo una seña al Teniente Coronel Talavera para que leyese el acta.

Esta era muy breve y contenía los puntos esenciales tratados en la Junta. Aprobada que fué, se firmó por todos, y Morelos se re-

tiró con los Avilas y los Galeanas á fin de darles sus últimas instrucciones.

Morelos entró un rato después en su tienda con los dos Bravos, y encontró escribiendo en la mesa de la Secretaría á un joven delgado, muy trigueño y vestido esmeradamente.

—¡Ola, colegial, dijo al joven, arregle usted los papeles con cuidado y disponga la papelería y escritorio, porque vamos á salir mañana á una expedición.

El joven se inclinó respetuosamente.

—¿Quién es este muchacho, señor, que parece muy inteligente? preguntó Don Leonardo.

—Este es el Capitán Luis Pinzón, que estaba estudiando Teología en el colegio de San Nicolás de Valladolid, y que habiendo venido á pasar sus vacaciones á su tierra, que es Corral-falso, barrio que está junto á Atoyac, se entusiasmó por la Independencia y vino á presentarse á este campamento. Ha salido bravísimo el colegial; le agrada más pelear que escribir, pero yo lo tengo en mi Secretaría porque es instruido y trabaja empeñosamente. Sólo cuando hay acción, me es difícil contar con él. Qué quiere usted: es muchacho y le hierve la sangre.

En este momento, otro joven costeño, también moreno y vestido como soldado, se acercó á pedir órdenes.

—Ramos, le dijo Morelos, madrugará mañana para ir á Coyuca y hacer provisiones. Vamos á expedición. Harás preparar el equipaje, y estarás aquí de vuelta antes del medio día.

—¿Se quedarán aquí algunos caballos y mulas?, preguntó Ramos.

—No: nos llevamos todo, contestó Morelos.

—Muy bien, señor.... ¡Esta es expedición larga! murmuró, alejándose, el soldado.

.....
A poco cerró enteramente la noche, una de esas últimas noches de primavera en los bosques de la costa, calurosa y húmeda, con su cielo como velado por una gasa á través de la cual aparecía la luna en cuar-

to creciente, alumbrando débil todavía el espacio y blanqueando apenas las nubes, que parecían prenderse de la cresta de los peñascos y de las copas de los mangles, allá muy lejos del campamento, mientras que la zona oscura de los bajos y las masas de sombra de los árboles se inundaban con un enjambre inmenso de luciérnagas.

Se habían dado los toques de "retreta" y "silencio;" en el campo todo reposaba tranquilo, y sólo se escuchaban de tiempo en tiempo el "alerta" de los centinelas en los fortines, ó el "quién vive" dado á las rondas, que pasaban frecuentemente.

En algunas tiendas se velaba; tal vez algunos oficiales del Regimiento de "Gua-dalupe," que se alistaban para marchar al día siguiente, escribían á sus familias de Tépán, de San Luis ó del Zanjón. Tal vez esos valientes que iban á combatir por la Patria hasta el centro de la Nueva-España, daban el último adiós á sus esposas y á sus hijos!

Morelos se paseaba en la puerta de su tienda, tomando el fresco, en unión de los Bravos.

—Pero, ¡qué inmensa desgracia, señor! decía Don Leonardo, hablando de la prisión de Hidalgo y de sus compañeros: ¡haber caído en un lazo tan infame!

—Qué quiere usted, respondió Morelos; la traición tiene eso de terrible; que es silenciosa. Se espera á los leones y á los tigres, pero no se siente á las culebras que se arrastran en la sombra. La traición nos ha de hacer todavía mucho mal, pero no hay reglas contra ella. Sería preciso desconfiar de la humanidad entera, y eso no se puede. Ese Elizondo... dijo, deteniéndose con ademán colérico, no pagará ni con la vida. Su nombre debe ser maldito para todo mexicano. Ahora comprendo, añadió con desprecio, por qué fueron tantos repiques y salvas en Acapulco hace cuatro días. Es que recibieron la noticia, casi al mismo tiempo que nosotros. Su correo tuvo que dar vuelta por la costa-chica para evitar nuestros campamentos.

—Y, ¿cree usted, señor, que quitarán la

vida al señor Hidalgo y á los demás? preguntó Don Miguel.

—¡Ah! respondió con seguridad Morelos. En eso no hay duda. El Gobierno español no perdona, no perdonará jamás á los insurgentes. Es implacable: matará al jefe y al soldado que caiga en su poder. Es un Gobierno de sangre. Comienzan los cadavros: mañana morirán el señor Hidalgo y sus compañeros; después quizás moriremos nosotros; usted Don Leonardo, usted Don Miguel; yo mismo; tal vez todos los que hoy emprendemos aquí la lucha; pero eso sí, la Independencia se hará. Eso está decretado por el cielo. ¡Nuestra Patria será libre!... concluyó con acento que revelaba una convicción profunda, mientras que los Bravos, á quienes había comunicado su heroica fe, lo contemplaban callados, como si tuvieran delante á un mensajero de la Divinidad.

IV.

Tal fué aquel día 2 de Mayo de 1811, y tal fué aquella Junta de guerra que decidió la gloriosa expedición de Morelos en el centro de Nueva-España. La Junta tuvo de singularmente notable, que contó en su seno á los hombres más ilustres de aquel ejército y á otros que han ocupado después un altísimo rango en el Gobierno de la República Mexicana y en la Historia. Morelos tuvo todos los privilegios del genio. Reunió en torno de sí un gran grupo de hombres que inspirados por él se hicieron grandes.

Don Hermenegildo Galeana, el más valiente de aquellos leones de Morelos, fué el brazo derecho de éste, y murió siendo mariscal de campo, como lo hemos dicho.

Sus hermanos Don Juan José y Don José Antonio fueron Generales é ilustres también.

Su sobrino Don Pablo, también fué General, y muy notable, en las filas insurgentes.

Don Leonardo Bravo, General muy ilustre, después de haber combatido victoriosamente contra el ejército español de Calle-

ja en el sitio de Cuautla, fué hecho prisionero en la hacienda de San Gabriel al salir de aquella plaza, después de que se rompió el sitio, conducido á México, y á pesar de que su hijo ofreció canjearlo por 300 españoles que tenía prisioneros, fué ejecutado en 13 de Septiembre de 1812.

Don Miguel Bravo, mariscal de campo, fué hecho prisionero en Chila, cerca de Chautla de la Sal, y por el jefe español La Madrid, y aunque habiéndole garantizado la vida, fué ejecutado en 15 de Abril de 1814.

Los dos Avilas fueron también mariscales y siguieron ilustrando su nombre en la guerra de Independencia.

Ayala y Valdovinos fueron mariscales también.

Y de aquellos Capitanes jóvenes que hemos presentado en el "Veladero," el primero, Don Vicente Guerrero, fué uno de los hombres más ilustres de México.

Teniente general por la Junta independiente, fué nombrado después por la República, General de División, tercer suplente del Supremo Poder Ejecutivo, desde 1o. de Abril de 1823 hasta 10 de Octubre de 1824.—Presidente de la República desde 1o. de Abril de 1829 hasta Diciembre del mismo año. Entregado traidoramente por el genovés Picaluga, á quien el Gobierno de Bustamante dió por esta traición 50,000 pesos, fué fusido en Cuilápam.

Don Nicolás Bravo, nombrado General de División, fué primer miembro de la segunda Regencia, de 11 de Abril á 19 de Marzo de 1822, Presidente del Supremo Poder Ejecutivo, desde el 31 de Marzo de 1823 á 10 de Octubre de 1824. Presidente sustituto de la República en 1842 y 1843.—Vicepresidente en 1846, y murió ya anciano en Chilpancingo, en 1854.

Don Juan Alvarez, General de División, que después de haber combatido sin cesar en favor de la Independencia, logrando vencer y matar al Gobernador de Acapulco, Carreño, fué después defensor constante de las libertades públicas, que acabó con Armijo, el enemigo implacable de la Independencia en el Sur; más tarde caudillo de la

gloriosa revolución de Ayutla, que fundó las instituciones que hoy rigen al país. Presidente de la República en 1854, defensor de la Reforma, y ya septuagenario, defensor de la Independencia durante la Intervención y el Imperio, tuvo la suerte de ver á su Patria victoriosa de todas estas luchas, y murió cargado de años y de gloria en su hacienda de La Providencia, en 1867.

Don Isidoro Montes de Oca, General de la República, murió en la costa antes de 1844, y acompañó todavía á Guerrero en su guerra del año de 1829 y 30.

Don Francisco Mongoy, Coronel del ejército, murió en la costa, después del año de 1830.

Don Luis Pinzón, General de la República, tenía el cuerpo cubierto de heridas, recibidas en la guerra de Independencia, y á pesar de ellas siguió sirviendo en todas las guerras de Libertad, hasta la de Ayutla, después de la cual murió en la costa.

Don Cesáreo Ramos, General de la República, defensor constante de las libertades, campeón de Ayutla, de la Reforma y de la segunda Independencia, alcanzó el triunfo de la República en 1867, y murió después en la costa.

Todos estos hombres fueron beneméritos de la Patria, y los nombres de los primeros Galeana, Guerrero, los Bravos y Alvarez, están inscritos con letras de oro en el salón de sesiones del Congreso, en virtud de leyes especiales.

V.

El día 3 de Mayo, al caer la tarde, la pequeña columna del Regimiento de Guadalupe, llevando á su cabeza á Don Hermenegildo Galeana, y mandando su descubierta el Capitán Don Vicente Guerrero, desfilaba, saliendo del campamento del Veladero, entre los vivas de la tropa del campamento y el adiós tierno de los camaradas.

En pos de él, salía un gran grupo de jinetes en cuyo centro iba Morelos, envuelto en su poncho blanco, llevando á su lado á los Bravos y á los Avilas

Cuando iba á perderse de vista el cerro

en cuya cumbre se alzaban los fortines y se destacaban las banderas negras, sobre el horizonte enrojecido por el sol Poniente, Morelos se detuvo, dirigió una última mirada de profundo cariño á aquel campo de sus primeras glorias, y dijo, dirigiéndose á Don Julián de Avila:

—Hasta aquí, Coronel, vuélvase usted; nos veremos pronto. Ya sabe usted que dejándolo en el "Paso á la Eternidad," hago de cuenta que me quedo yo mismo."

—Señor, respondió Avila, descubriéndose y pudiendo apenas dominar su emoción; si por desgracia llegare á usted la noticia de que el "Veladero" ha caído en poder de los españoles, puede usted rezar por mi alma, pues es seguro que yo habré "pasado á la eternidad."

Y aquellos dos guerreros se abrazaron, callados y conmovidos. Morelos ocultó bajo sus cejas espesas y altivas, aquellos ojos de águila que se nublaban pocas veces!

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



MORELOS EN TIXTLA

I.

Tixtla, hoy ciudad Guerrero, que fué desde la erección del Estado de este nombre en 1850, hasta 1870, capital del mismo, y que sigue siendo una de las poblaciones más considerables del Sur de México, era en 1811 solamente un pueblo de cuatro mil habitantes, escasos, consagrados en su mayor parte á la agricultura y á la arriería, de que sacaban gran provecho, conduciendo los cargamentos de la nao de China desde Acapulco hasta México, en competencia con los arrieros de Chilpancingo y de Chilapa.

Situada esta población en un valle ameno, rodeada de montañas por todas partes, regada por varios arroyos, disfrutando de un clima templado y benigno, se había hecho desde siglos anteriores uno de los centros más populosos y productivos del Sur de la Independencia de México.

En lo religioso, su Parroquia pertenecía á la Diócesis de Puebla, y en lo político, el Subdelegado dependía directamente del Virrey.

Este Subdelegado era de gran importancia, porque asumía en su persona no sólo la autoridad civil y política de toda aquella comarca, sino también la militar, y estaban por eso sujetos á él todos los Cuerpos de milicias provinciales que se habían levantado allí en años anteriores y que guarnecían aquellas plazas.